

Cueva sepulcral de Urbiola

Entre las tareas realizadas por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Institución «Príncipe de Viana», tiene singular interés el descubrimiento y excavación de una cripta sepulcral efectuada en Urbiola, en el mes de Septiembre de 1958. La excavación se realizó bajo la dirección del que suscribe con la colaboración de D. Domingo F. Medrano y D. Rafael Blanco Caro.

El covacho sepulcral se halla situado a la derecha de la carretera que enlaza Urbiola con Ancín a cosa de 1 km. de la primera población. No se trata de una cueva propiamente dicha sino de una simple hendidura en un afloramiento de rocas con filones de carbonatos de cobre (azurita) que sin duda habían sido explotados durante la Edad del Bronce para obtener cobre. La pobreza de los filones motivaría su abandono, y la primitiva excavación fue utilizada como cripta sepulcral colectiva.

En 1958, con motivo de nuevas actividades mineras en la región, se descubrieron los primeros huesos humanos teñidos de color verde por el carbonato, por lo que el covacho que carecía de nombre concreto fue conocido familiarmente con el nombre de «cueva de los hombres verdes». Avisada la «Institución Príncipe de Viana», su Secretario D. J. E. Uranga dispuso su excavación que se realizó aquel mismo año. Todo el material arqueológico y antropológico se halla depositado en el Museo de Navarra en Pamplona. El estudio del material antropológico, no muy bien conservado, ha sido encomendado al Dr. D. Miguel Fuste Ara del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona y será objeto de un estudio aparte.

Al iniciarse la excavación por el Servicio, el yacimiento aparecía revuelto por los trabajos de prospección de los mineros que efectuaron el descubrimiento, pero todavía pudo apreciarse que las inhumaciones aparecían sin conexión anatómica, es decir que nos hallábamos en presencia de una verdadera cripta sepulcral.

Los restos aparecían junto a la pared izquierda de la hendidura, aprovechándose la antigua excavación minera de la Edad del Bronce que formaba como una galería alargada con profundidad creciente hasta penetrar bajo la roca en seguimiento del filón formando así un pequeño abrigo.

Los restos óseos que a nuestra llegada aparecían casi en superficie, se hallaban a una profundidad máxima de 045 m. y si tenemos en cuenta el trabajo de excavación realizado por los mineros se puede deducir que al efectuarse las inhumaciones se depositarían simplemente al fondo de la hendidura con escasa cubierta de tierra, pues la posición de los cráneos indicaba que en parte habían sido arrinconados al efectuarse nuevas inhumaciones. El dato es de gran interés para la interpretación del yacimiento, pues supone la reiterada utilización de la cripta durante cierto período de tiempo¹.

¹ J. M. DE BARANDIARÁN. *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Buenos Aires 1953 p. 161 y ss.

La altura máxima del covacho, alcanzaba 2'50 m. pero para llegar a ella había de salvarse primero un paso que originariamente no rebasaría el metro y medio de altura. Es muy probable que una o varias losas cerraran el recinto sepulcral en este estrechamiento, pero excavado el covacho en gran parte por los mineros modernos ya no quedaban restos visibles de la posible puerta cuando realizamos la excavación.

En la figura 1 damos la planta y el alzado de la covacha que dará mejor idea que cualquier descripción. La boca del covacho orientada hacia el mediodía da la impresión de mucho mayor, pero la pared oriental presenta una fuerte inclinación que reduce el espacio disponible a menos de la mitad. El espacio utilizado para fines sepulcrales apenas rebasa el metro y medio de anchura por una longitud de unos 3'50 m.

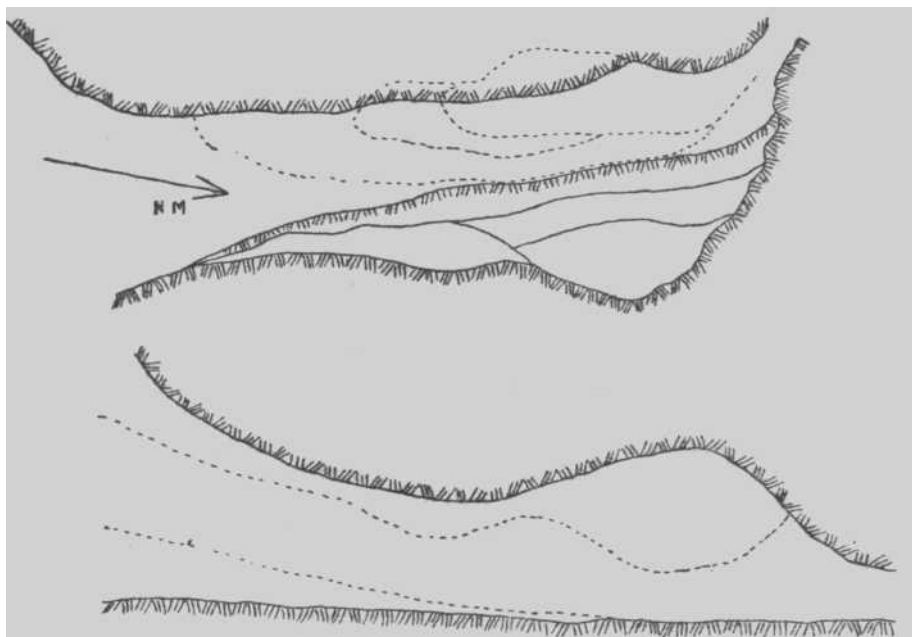


Fig. 1.—Cueva sepulcral de Urbiola; planta y alzado 1/100.

El material arqueológico recogido, muy pobre, consiste exclusivamente en cerámica, de la que se recogió una vasija pequeña entera y otras varias reconstruibles, todas ellas fabricadas a mano.

Destaquemos en primer lugar dos grandes vasijas ovoides con base plana y boca ancha, extraordinariamente asimétricas. Una de ellas (fig. 2 y lám. I) restaurada, mide 310 mm. de altura por 178 mm. de diámetro en la boca y sólo 110 mm. en la base. Junto al borde posee una decoración de hoyuelos unguiculares y algo más hacia abajo tiene aplicado a modo de collarino, un cordón de barro con impresiones digitales. Por toda asa posee un pezón sin

perforar, situado a los dos tercios de su altura. Es posible que le correspondiera simétricamente otro pezón en el lado opuesto, pero el fragmento que debería llevarlo ya no apareció en la excavación.

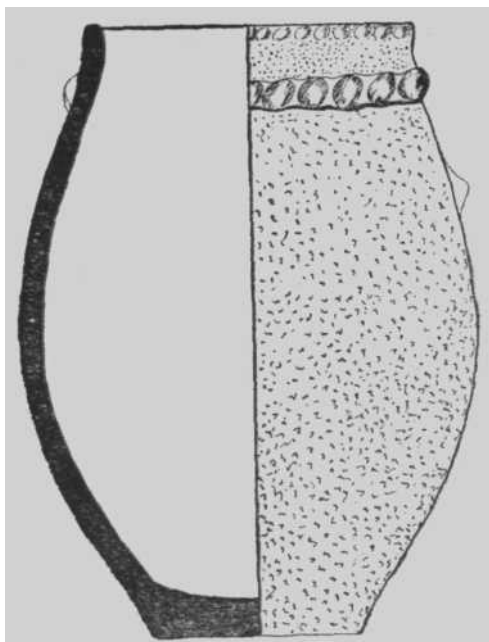


Fig. 2

Otra gran vasija análoga, no reconstruida (lám. II), presenta la particularidad de ofrecer el cordón aplicado, con impresiones digitales junto al mismo borde y también un pezón alargado a los dos tercios de la altura. La superficie exterior de ambos vasos es rugosa y sin pulimentar. Otros varios fragmentos de cerámica presentan cordones de barro aplicados, del mismo estilo, en general muy toscos.

Estas formas y tipos de vasijas muestran un gran paralelismo con otras bien conocidas utilizadas como urnas cinerarias en necrópolis de cremación. El interés particular que aquí ofrecen se desprende de su uso junto a inhumaciones al parecer coetáneas.

Otras vasijas de interés son: Un vaso entero, de 62 mm. de altura por 60 mm. de diámetro en la boca, y base globular poco estable. Su factura es muy tosca, con paredes excesivamente gruesas, pues a pesar de su pequeño tamaño alcanzan 12 mm. A dos tercios de su altura posee un gran pezón saliente, a modo de asa, sin perforar. La superficie de la vasija aparece alisada. Su coloración es oscura (fig. 3, lám. III).

Una vasija también restaurada es de barro marrón pardo de 78 mm. de altura por 98 mm. de diámetro en la boca con base también redondeada. Un pezón saliente sin perforar junto al borde; de base plana es otra vasija reconstruida, de forma troncocónica, de 54 mm. de altura, 110 mm. de diámetro en

la boca y 63 mm. en la base. Todas estas vasijas pequeñas presentan la superficie alisada e incluso algo bruñida en oposición a las dos grandes vasijas ovoides.

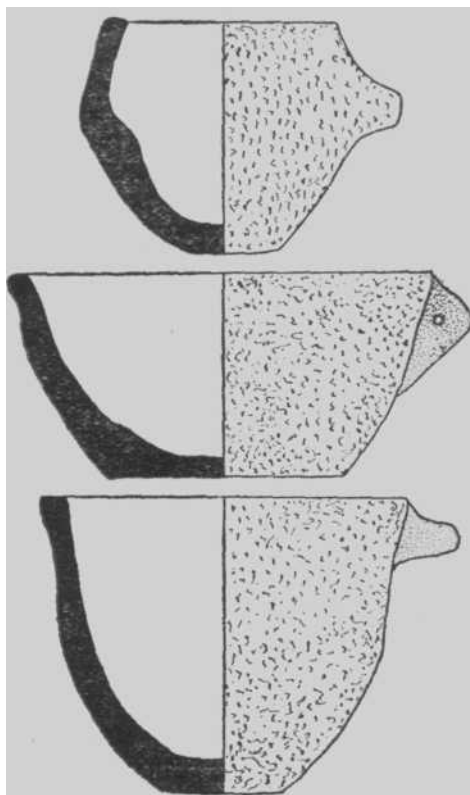


Fig. 3

Un fragmento de cuenco irreconstruible, presenta en el borde una decoración pellizcada y bajo del mismo, un pezón de sección cilíndrica sin perforar. Existen además otros numerosos fragmentos de cerámica, en general muy uniformes que pertenecen por lo menos a catorce vasijas distintas. Algunas de ellas podrían también reconstruirse. (Véanse lám. IV-VI).

En conjunto la cerámica de la covacha sepulcral de Urbiola es de gran interés por cuanto es uno de los pocos yacimientos señalados hasta ahora en la región de Estella y representa un mundo uniforme. Las piezas grandes y medianas poseen las superficies rugosas y una decoración plástica aunque escasa. Las vasijas pequeñas tienen la superficie bruñida o alisada. Son de pasta más fina pero de factura tosca exceptuado algún fragmento de superficie negra, bruñido. Aparecen representadas todas las gamas de color, del rojo amarillento al negro, pardo, etc. Entre los fragmentos aparece un asa de sección cilíndrica caso único en la cueva pues el resto está constituido por pezones sin perforar, cilíndricos o planos e incluso en casos elípticos. En las pequeñas vasijas estos pezones por su gran proyección exterior sugieren la idea de que

se trata de verdaderos mangos. Un fragmento de cerámica beige claro muy bruñido de menos de 10 mm. de grueso de la vasija tiene un pezón de 50 mm.

La decoración aparece sólo en las vasijas grandes y se limita a impresiones de las yemas de los dedos sobre los bordes, sobre un cordón aplicado o directamente sobre la superficie de la vasija. Cuando se aplica sobre el borde en algún caso se ha aplicado un instrumento de hueso o madera en lugar del dedo incluso en un caso se utilizó un punzón de punta bífida.

Estos tipos de cerámica no constituyen una novedad en la prehistoria navarra. Tanto la forma como la técnica de las vasijas medianas y pequeñas se halla documentada en numerosas cuevas de la zona pirenaica vasca, navarra y aragonesa y creemos innecesario señalar sus paralelismos, pero tiene un gran interés su asociación con las vasijas ovoides de fondo plano que muestran una clara influencia de cerámicas bien conocidas de la Edad del Hierro utilizadas como urnas cinerarias en otros marcos culturales.

En Urbiola se nos plantea un problema. Dado el modo como fue descubierto el yacimiento, no podemos tener la seguridad de que toda la cerámica que allí aparece constituya necesariamente el ajuar sepulcral de los inhumados. El aspecto general de esa cerámica nos sugiere un horizonte arcaizante de la Edad del Bronce, pero la existencia de los vasos ovoides con collarino nos habla ya de un momento mucho más avanzado contemporáneo con el desarrollo de culturas incineradoras en otras zonas. Si la totalidad de la cerámica corresponde a las inhumaciones y provisionalmente nos inclinamos a aceptarlo ante la falta absoluta de restos de huesos incinerados en el covacho, destaca por su interés el que se conservara el ritual de la inhumación en esta zona en época avanzada. La tosquedad de las vasijas grandes y su gran asimetría son elementos que permiten afirmar que se trata de formas cerámicas que no eran habituales en la tradición local y que existía una cierta dificultad de hacerlas lo que refuerza la idea de que pudiera tratarse en conjunto de manufacturas contemporáneas con las restantes vasijas que hallamos habitualmente en el marco navarro desde la época de los dólmenes durante todo el desarrollo cronológico que corresponde a la Edad del Bronce en el Pirineo.

La novedad que presenta el covacho de Urbiola estriba en el hecho de que se halle en una zona navarra cuya prehistoria se presiente muy rica pero mal conocida, zona que sirve de enlace con yacimientos alaveses mejor estudiados como la sepultura de Lamikela o la cueva de Obenkun descubierta por D. F. Medrano a 600 metros de la ermita de Santa Teodosia². Si como creemos se utilizó para enterramientos una antigua explotación cuprífera abandonada su interés es aún mayor puesto que es la primera documentación de una actividad minera local durante la Edad del Bronce. Por su parte la persistencia del ritual de la inhumación en un momento decididamente tardío contemporáneo de la Edad del Hierro de otras zonas (la ribera navarra por ejemplo) acusa la persistencia de una tradición local y una continuidad de ritual funerario que comporta la utilización de criptas colectivas y se enlaza con la etapa megalítica.

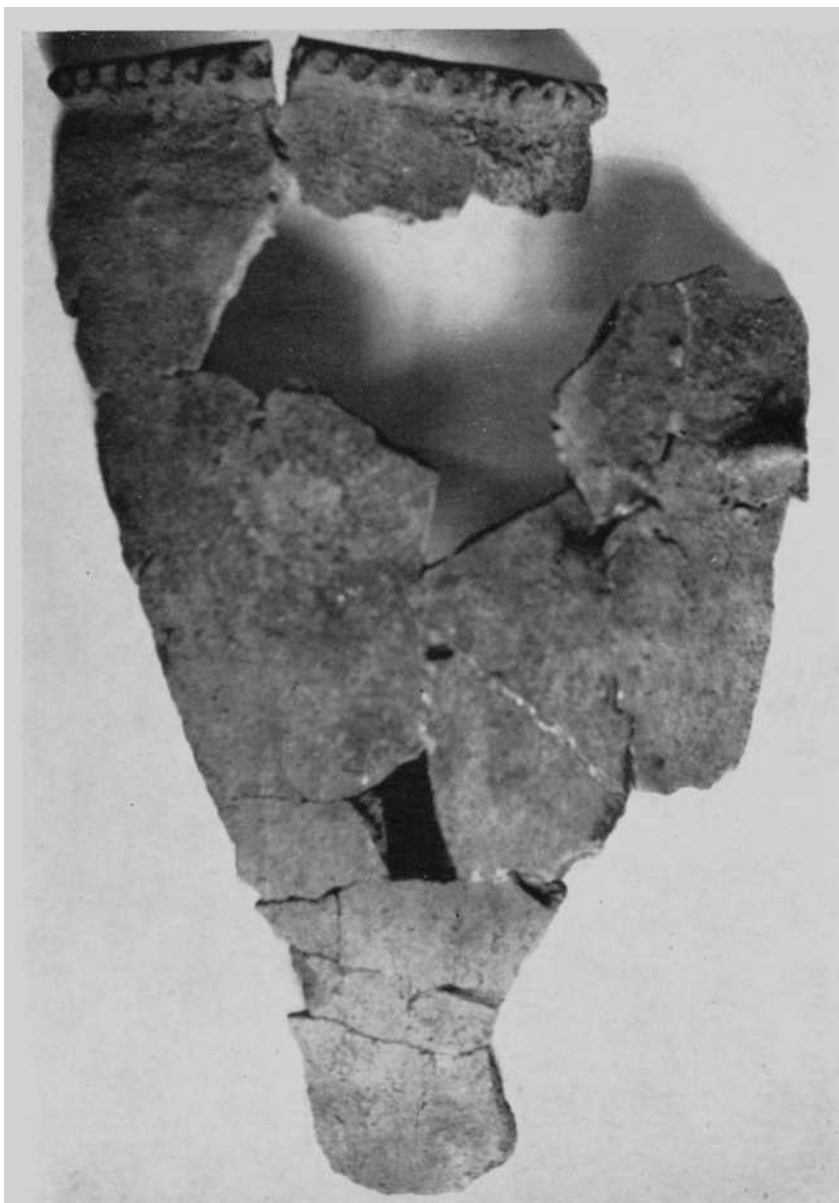
JUAN MALUQUER DE MOTES

² A. ERASO, A. LLANOS, J. A. AGORRETA y J. FARIÑA, *Contribución al estudio de la cueva de Obenkun y del Kasrts de "Bitigarra"* (San Vicente de Arana, Álava). Bol. de la Institución "Sancho el Sabio", Vol. II, n.º 2, Vitoria 1958, págs. 311-325.



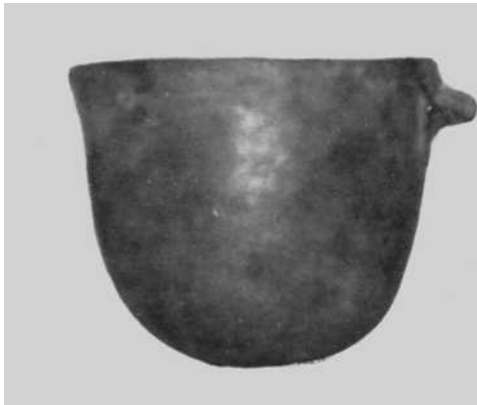
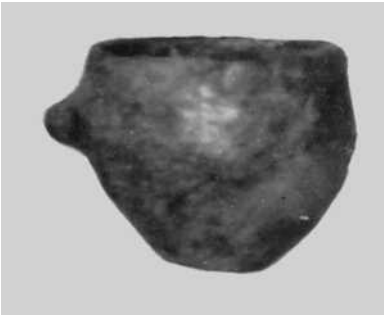
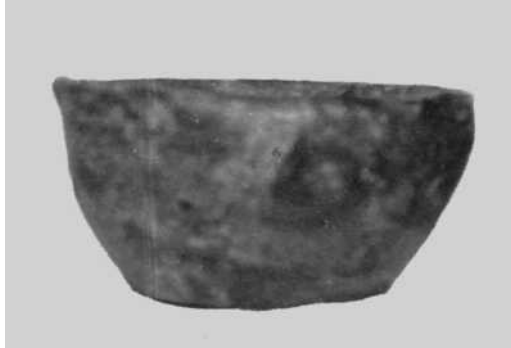
Vasija con decoración plástica de la cueva sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga



Fragmentos de vasija con un cordón en relieve junto al borde, de la cueva sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga



Pequeñas vasijas de ofrendas de la cueva sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga



Fragmentos de cerámica de la covacha sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga



Fragmentos de cerámica de la covacha sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga



Fragmentos de cerámica de la covacha sepulcral de Urbiola.

Foto Arch. J. E. Uranga

